

ENSEÑAR

SOBRE EL ORIGEN DEL LENGUAJE,

A HABLAR

DE LAS LENGUAS

A UN

Y DE LA ESCRITURA

MONSTRUO



DESTINO

JOSÉ C. VALES

José C. Vales

Enseñar a hablar a un monstruo

Sobre el origen del lenguaje, de las lenguas
y de la escritura

© José C. Vales, 2022

Autor representado por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

© de las imágenes de los caballos, Markham's Maister-peece [Masterpiece], Containing all Knowledge Belonging to Smith, Farrier, or Horse=Leech, Touching on Curing All Diseases in Horses (1644); Natur Art / Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6189-2

Depósito legal: B. 11.077-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

<i>Marginalia</i>	9
Preliminares con Marilyn	15
I. Alaridos gramaticales	19
1. El misterioso caso del origen del lenguaje	21
2. Bow-wow, Pooh-pooh y Yo-he-ho.	28
3. Jane Austen, Chomsky y un marciano filólogo	37
4. ¿Un <i>big bang</i> lingüístico?	46
5. ¿Por qué brillan las estrellas?	53
6. Una lengua sin números ni colores	60
7. El enigma número 6	67
8. El gen FoxP2 y otras hipótesis sobre el nacimiento del lenguaje	74
9. El amante loco que escribió un poema didáctico.	79
10. Rousseau y el lenguaje del amor	83
11. Cómo aprenden a hablar los monstruos	89
12. La cabeza parlante	97
II. La maldición de Babel.	105
1. Babel	107
2. San Isidoro	114
3. Las primeras lenguas según Pedro Mexía	121

4. Las lenguas perfectas y el padre Feijoo	125
5. Taxonomía lingüística	130
6. Los hijos de Sem y la lengua de Jesús de Nazaret. . .	137
7. La excelente lengua de los árabes.	141
8. Indoeuropeos.	145
9. Shangri-La y otras extravagancias lingüísticas	149
10. Prohibido hablar del origen de las lenguas.	158
11. El peregrino refunfuñón y el vasco	164
12. Vascoiberismo ilustrado. Filólogos estrafalarios y párrocos furibundos.	173
13. El queso y las lenguas romances	183
14. Las palabras esenciales y la teoría de Swadesh. . . .	186
15. Etimología popular	194
16. Breve catálogo de lenguas hermanas, primas, sobrinas y nietas	200
17. Silba, que no te entiendo	231
III. Sagradas escrituras.	237
1. Milagros de las lenguas y las letras	239
2. El cerebro humano antes de la escritura cuneiforme	248
3. Champollion y la escritura jeroglífica	257
4. La esotérica vida de los signos	264
5. Sagradas escrituras	275
6. Elio Antonio de Nebrija y el negocio de la gramática.	283
7. Voy a hablar de la letra q.	290
8. Caligrafía nacional e industrial	297
Colofón. Palabras, palabras, palabras.	315
Notas	325
Bibliografía	355
Índice onomástico y analítico.	367

I

ALARIDOS GRAMATICALES

Notas sobre el origen del lenguaje

EL MISTERIOSO CASO DEL ORIGEN DEL LENGUAJE

El origen de las lenguas siempre ha estado entre los principales intereses de los intelectuales y eruditos de todos los tiempos. Los propios autores de los libros sagrados intentaron dar con una explicación a la asombrosa diversidad de lenguas y a la estrafalaria combinación de ideas, respiración, sonidos, audición y comprensión que se derivaba de las realizaciones del habla. Desde los historiadores griegos —como veremos— a las últimas ocurrencias más o menos científicas, el ser humano ha sentido la ineludible necesidad de explicar el fenómeno del lenguaje, tan alejado de la animalidad —al parecer— y tan cercano a la divinidad que se hizo verbo.

En la actualidad, muchos científicos del campo de la psicología cognitiva afirman que el surgimiento del lenguaje es probablemente «el problema científico más atractivo y difícil que puede plantearse» en la disciplina lingüística. Y no falta quien diga que el origen del lenguaje es «el misterio fundamental de la lingüística».¹

Pero a este interés actual se ha llegado después de que la filología, y la lingüística en particular, decidiera desvincularse por completo del problema. A mediados del siglo XIX, hubo sociedades científicas que literalmente *prohibieron* que se enviaran comunicaciones o ensayos

sobre el origen de las lenguas. Y la razón fundamental no se encontraba en la cantidad de ocurrencias e invenciones que se proponían, sino en la convicción de que era imposible llegar a tener un conocimiento científicamente comprobado sobre un tema tan turbio. Así que durante más de un siglo —hasta mediado el xx— la lingüística y la filología se ocuparon de las estructuras generales y gramaticales, de la sintaxis y la morfología, de la semántica y el léxico, de la fonética y la fonología, de las relaciones con la poética, etcétera, pero no del origen del lenguaje.

En general, unos párrafos bastaban para solventar la cuestión, señalando una fecha indefinida para el comienzo de la comunicación hablada (hace un millón de años, o cien mil o treinta mil, dependiendo de los autores), y se esclarecía enseguida el misterio presentándonos a seres humanos conversando amigablemente sobre la jefatura de la tribu, el Sol divino, la caza del mamut o las propiedades ponzoñosas de tal o cual planta. Es decir, se presentaba el origen del lenguaje como un suceso repentino, casi como un milagro.

Noam Chomsky, uno de los grandes lingüistas de nuestro tiempo, propuso una idea (conocida hoy como «teoría de la discontinuidad») para explicar el paso de una sociedad humana sin lenguaje a una sociedad humana con lenguaje. La teoría de la discontinuidad, en resumen, sugiere que hace unos cien mil años se produjo una mutación genética que propició de manera instantánea —y asombrosamente— la facultad lingüística.² La teoría se denomina a veces «catastrofista», porque se atiene a la terminología matemática, según la cual una mínima alteración en los parámetros de un sistema dinámico provoca un cambio brusco y definitivo: en este caso, una leve mutación habría propiciado el prodigioso nacimiento del lenguaje.

Para la mayoría de los especialistas, sin embargo, la hipótesis de la mutación genética repentina es tan inverosímil como la historia de Osiris descendiendo sobre las aguas del Nilo y entregándoles a los humildes egipcios el recetario de la cerveza. Aunque Chomsky estuviera en lo cierto, dicen sus detractores, el proceso de adquisición del lenguaje se explicaría mejor desde la evolución y la continuidad (esto es, desde un desarrollo progresivo), y así lo admiten hoy la mayoría de los especialistas. Una mutación genética no convierte a un simio en un hombre ni a un león en un gato: solo un proceso de innumerables y microscópicas mutaciones (y adaptaciones) puede ir conformando nuevas habilidades, nuevas capacidades y, en fin, nuevos seres. Así pues, debió de haber habilidades prelingüísticas (aunque plenamente comunicativas), antes de que los hombres tuvieran a su disposición una estructura de lengua.

Hay que admitir que, con todo, Chomsky no parece haber estado muy interesado en el debate y que han sido sus seguidores quienes han desarrollado lo que muchas veces no fueron más que comentarios ocasionales. El ideólogo de la GU (gramática universal) no descartaba que hubiera existido alguna ventaja evolutiva en la aparición del lenguaje, pero afirmaba que los orígenes fueron seguramente «accidentales». De todos modos, para Chomsky *el misterioso caso del origen del lenguaje* era un asunto que debían resolver los biólogos o los naturalistas. Las críticas a su idea de la mutación genética repentina y accidental acabaron siendo furibundas, porque despreciaba la evolución como un elemento fundamental, un desprecio que acercaba su postura —desdeñosa y simplista— al creacionismo y al milagro divino.

Otra «estrella» de la psicolingüística, Steven Pinker, consideró en su momento que el lenguaje era una facul-

tad intrínsecamente humana y que, por lo tanto, bastó el tiempo y la ocasión para que se desarrollara: fue, en definitiva, una adaptación biológica propia de la selección natural.³ Pinker, que de todos modos partía de conceptos chomskianos, pensaba que no había ninguna razón por la que las ciencias interdisciplinarias no pudieran abordar el estudio de la evolución del lenguaje. La pereza metodológica que afirmaba que tal problema no era asunto de la lingüística quedaba así definitivamente apartada.

Una de las ideas centrales de las propuestas iniciales de Steven Pinker y su discípulo Paul Bloom fue que la humanidad siempre ha tenido lenguaje. «No han existido criaturas que pudiéramos considerar efectivamente humanas, no han existido sociedades organizadas de personas que cazaran, recolectaran y cuidaran de sus hijos [...] sin lenguaje.»⁴ Pinker y Bloom también recordaron que todas las lenguas eran igual de complejas y servían, todas, a una misma función: la comunicación. Por tanto, el lenguaje había nacido como respuesta a una necesidad y, creándose la necesidad, se desarrolló el órgano, como decían los escolares en clase de biología. El órgano de la comunicación es el lenguaje. «No había ninguna razón para que el lenguaje no hubiera evolucionado paso a paso, como tantos otros productos de la evolución.»⁵ En definitiva, la propuesta de Pinker y Bloom era que todos los elementos que integran el lenguaje (morfosintaxis, entonación, léxico o poética) evolucionaron y se refinaron con la misma precisión que cualquier otro órgano, impulsados por la supervivencia y la reproducción. (Actualmente se cree que el cerebro y el lenguaje establecieron una relación simbiótica, de tal modo que el lenguaje aceleró los procesos cognitivos cerebrales y el cerebro proporcionó más herramientas al lenguaje.)

Estas dos teorías de índole psicolingüística atañen a

las operaciones y relaciones entre los procesos cognitivos y los procesos comunicativos. Pero quizá Chomsky tenía razón cuando apuntaba que tal vez habría que empezar por la biología. Y ¿qué pueden ofrecernos la historia y las ciencias naturales sobre ese momento glorioso en el que un ser parecido a nosotros le explicó a otro, con algo más que gruñidos, que había un león a la orilla del río o que un mamut pastaba en la pradera? O, en otras palabras: ¿de qué hablaban los cazadores recolectores de la tundra siberiana o de la sabana africana (si es que hablaban de algo)?

Desde luego, dicen los expertos,⁶ aquellos seres primitivos (anteriores incluso a los neandertales) tuvieron que comunicarse en alguna especie de lengua. Pero eso no es mucho decir: hay infinidad de animales que tienen lenguajes con los que se comunican; a veces dichos lenguajes se reducen a movimientos (una especie de lenguaje corporal, podría decirse), pero en ocasiones son lenguajes orales. Los delfines, los babuinos, los pájaros y algunos roedores se comunican con otros miembros de su especie (incluso con miembros de otras especies) con gritos, chasquidos, aullidos o silbidos, generalmente para advertir de un peligro o de la presencia de un depredador, pero también para localizarse o con el fin de procrear. En fin: para desarrollar un lenguaje oral basta con tener lo que se denomina «aparato fonador», que consiste básicamente en unos pulmones que expulsan el aire y una serie de obstáculos que modifiquen ese impulso para convertirlo en sonidos distintos y repetibles. Pero, desde luego, eso no va mucho más allá de lo que hacen el viento en la chimenea o las olas en los sopladeros costeros. Es evidente que ese no es nuestro lenguaje: nuestro lenguaje tiene ciertas características especiales.

Claro que es importante saber cuándo empezaron los

homínidos a señalar los árboles, o los depredadores, o los ríos, o las piedras. Pero resulta aún más interesante entender que en un momento dado se cruzó el «umbral» lingüístico en el que se comenzaron a nombrar entidades abstractas. Probablemente el giro esencial tuvo lugar cuando un grupo de homínidos comenzó a hablar del pasado y del futuro. Los animales (y los niños hasta los cinco o seis años) viven en un eterno presente (lo cual no significa que no tengan memoria y perspectivas). Además, la mutación de la que hablaba Chomsky o la evolución cognitiva de Pinker habrían permitido hablar de *posibilidades*, de objetos, seres o situaciones que no eran reales o que no estaban presentes, e incluso de seres que solo existen en nuestra imaginación, como los dioses o la mala suerte o la confianza. No sabemos si algunos animales son capaces de pensar así (sospechamos que algunos mamíferos sí pueden), pero no son capaces de comunicarlo.

Este modelo de comunicación se denomina «simbólico». Los especialistas no son muy concretos ni precisos al respecto: «Hace sesenta mil o cuarenta mil años ocurrió de pronto algún fenómeno de índole desconocida en la organización del cerebro humano o en la estructura de la laringe y la lengua que favoreció el pleno desarrollo de la facultad de hablar». ⁷ El profesor Jared Diamond denomina este proceso Gran Salto Adelante (*Big Leap Forward*). Los defensores de esta teoría aseguran que hace unos cincuenta mil años se produjo un clic repentino en nuestro cerebro, de donde surgieron los grandes avances del Neolítico, apoyados en una sorprendente y reveladora capacidad cognitiva. Estas teorías de saltos repentinos y mutaciones milagrosas, como hemos visto, hacen torcer el gesto a Christian David o Steven Pinker, para quienes buena parte de los miembros del género

Homo tuvo que hablar una o varias «lenguas primigenias» en África cuyo lentísimo desarrollo habría durado decenas de miles de años, y que solo *parecen* surgir repentinamente en Europa cuando se consolidaron las grandes migraciones africanas y asiáticas de hace unos cincuenta mil años.

Si tuviéramos que avanzar alguna idea sobre cómo serían aquellas «lenguas primigenias» (llamadas proto-sapiens, protohumanas o protomundo), seguramente optaríamos por hablar de gruñidos, alaridos, gritos, chillidos u otras formas más o menos simples de comunicar las nociones esenciales de la vida salvaje, como «atención», «peligro», «hambre», «ira», «dolor», «inquietud», «miedo» o «sumisión». Pero es difícil concebir esos alaridos como un lenguaje, especialmente si concretamos la definición de lenguaje como la facultad de comunicar algo «mediante signos vocales convencionales».⁸